

# LA PALABRA

## Y EL HOMBRE REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Pietro Citati  
lapalabrayelhombre@uv.mx  
Universidad de Pisa

Conrad: vida misteriosa y disparatada de un  
marinero fiel

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 39, enero-marzo 2017, pp. 18-23.

ISSN: 01855727  
Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana  
Dirección de Editorial  
*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

# CONRAD: VIDA MISTERIOSA Y DISPARATADA DE UN MARINERO FIEL\*

Pietro Citati

Traducción de Ana Villada

Cuando su madre murió de tuberculosis en abril de 1865, Józef Teodor Konrad Korse-niowski, quien más tarde se convertiría en Joseph Conrad, tenía sólo siete años. El padre, Apolo, le rindió a su mujer un culto casi místico, como a una virgen o a una gran madre, culto que el hijo no compartió. Él trató de repetir e imitar el modelo del padre, no el de la madre, que no tuvo ninguna relevancia en su vida, su mitología, su literatura.

El padre —escribió Conrad— era un hombre sumamente sensible, de un temperamento exaltado y soñador, pleno e irónico; poseía una conversación fascinante: su rostro, triste y melancólico cuando estaba en calma, se iluminaba completamente apenas reía o sonreía. Amaba la literatura: tradujo a Shakespeare y el hijo recordó que su introducción a la literatura inglesa había sido gracias a *Los dos hidalgos de Verona*, traducido por Apolo. El sueño, escondido en el amor del padre por la literatura, era una Polonia católica: libre e independiente de la odiosa y monstruosa tiranía rusa. Como escribió el padre en 1868: “Joseph y yo somos dos exi-

liados y vagabundos: nos necesitamos mutuamente, él necesita al mísero guardián que soy para él, y yo de lo que él es para mí, la única fuerza que me mantiene con vida”. Conrad hubiera podido escribir las mismas palabras, a pesar de que en todos sus libros envolvió la figura del padre en un aura de fracaso.

Apolo murió en Cracovia en mayo de 1869, cuando su hijo tenía once años. Conrad pasó los últimos meses de la vida de su padre en una habitación muy silenciosa, poseída por la muerte, donde las monjas enfermeras susurraban, moviendo apenas los labios. Muy tarde, por las noches, tenía autorización para entrar al cuarto del moribundo: saludaba al padre acostado en la cama, quien, la mayor parte de las veces, ni siquiera se daba cuenta de su presencia. Por las noches Conrad se sumergía en un profundo sueño a causa de tanto llorar; pensaba con terror en la inevitable muerte que estaba por asaltarlo. Cuando se encontraba con los demás, no vertía una sola lágrima, y, así, era juzgado como un pequeño miserable endurecido por la suerte.

Tras la muerte de su padre, Conrad vivió bajo la tutela del her-

mano de la madre, Tadeusz Bobrowski: el tío lo amó muchísimo, lo aconsejó, lo comprendió (conservamos 70 cartas, escritas entre 1876 y 1893).<sup>1</sup> En casi todas las cartas el tío criticaba la influencia romántica del padre sobre el hijo, a quien recomendaba ahorro, voluntad y tenacidad.

Conrad raramente le obedecía: continuaba soñando y desperdiçando dinero: sabía que el tío tenía razón, pero no podía renunciar a la propia e inexorable imaginación ni al propio destino. Cuando Tadeusz murió, Conrad escribió que para él había sido un “noble e inexorable tesoro de claridad de pensamientos y calor de sentimientos”.

Alrededor de los dieciséis años Conrad fue cautivado por el deseo de convertirse en capitán de mar. Y comenzó a hablar de un modo tan insistente que parecía un loco. El tío le respondió que era un “incorregible y desesperado Don Quijote”; amigos y parientes se burlaban. Más tarde, Conrad admitió que su vocación marina era misteriosa e inexplicable. “Creo que yo fui el único caso de un joven con mi nacionalidad y mi ascendencia que hacía, por decirlo así, un salto con ambos pies fuera de su ambiente y de sus vínculos nacionales”. Las raíces de su deseo se hundían, como Conrad nos cuenta, en el inmenso amor infantil por los libros de viajes y los mapas geográficos: el mismo que había arrastrado a Baudelaire a escribir “meciendo nuestro infinito en el infinito de los mares”.<sup>2</sup>

Al final, Tadeusz Bobrowski comprendió y acogió las aspiraciones de su sobrino. El 15 de octubre de 1874 Conrad partió hacia Marsella, donde permaneció hasta abril de 1878, bajo la custodia de un polaco que trabajaba en la marina mercante francesa. Frecuentó a una familia de armadores, los Delestang, y a un grupo de escritores y bohemios que conoció en los cafés de Marsella. En 1875 realizó dos



Iris Aburto: *Desnudo 10*. Archivo digital



Pepe Maya: *Gatos 1*. Fotografía de archivo.

viajes a Martinica, escuchando por primera vez “el canto del viento en los árboles del barco”: aquel canto estaba destinado a “penetrar en lo más íntimo de su corazón, y pasar a la sangre y a los huesos”, acompañando durante veinte años sus pensamientos y sus acciones. Madame Delestang le dijo: “Antes que nada, es necesario no arruinar la propia vida”. Y justo esto arriesgó Conrad, arruinar para siempre su existencia, dejándose llevar por la aventura, por las novelas, por lo siniestro y lo equivocado. Casi todo es incierto respecto al contrabando de armas con la España carlista, en el que Conrad participó en el barco *Tremolino*. No existen noticias ciertas ni siquiera sobre su tentativa de suicidio: se disparó una bala en el pecho y el tío llegó a Marsella y lo encontró en su cama herido. Tadeusz perdió la paciencia y lo acusó, si bien amorosamente,

de flojera, incertidumbre, falta de independencia, fracaso, conciencia de fracaso, pérdida de energía. Pero quizá el intento de suicidio fue la salvación de Conrad: se hundió en el país de la muerte, y de ahí resurgió como si la profunda aceptación de la muerte llevase consigo la resurrección.

Inmediatamente después de este periodo, Conrad comenzó la vida marina. Durante veinte años, como mozo, segundo oficial y capitán, el mar fue su pasión y su deseo: detrás de la línea del horizonte el mundo terrestre no existía para él, como no existe para el ermitaño que se refugia en la cima de los montes, y sus ojos jóvenes miraban sobre la vasta superficie marina un centelleo de esperanzas que era solamente el reflejo de sus miradas llenas de flamas. Contempló espectáculos de todo tipo: triunfales resplandores de mediodías y blandos

atardeceres, el catastrófico esplendor de las tempestades y la tortura de las largas bonanzas, cuando ni siquiera un soplo de viento encrepaba las inmóviles olas como en un mar de estaño: mares al estilo de Byron, de Turner, de Poe, de Melville, de Hugo, de Baudelaire –vagos presentimientos del mar de Conrad.

“Nada es misterioso para un hombre de mar –escribió Conrad–, salvo el mar mismo”. A medida que los años pasaban, desconfiaba cada vez más de este misterio; el mar nunca había sido amigo del hombre: al contrario, había sido cómplice de su desasosiego. Nunca se había casado con sus mejores causas: ignoraba por completo la compasión, la fidelidad a las leyes, la memoria; era indiferente al bien y al mal, a la más baja avidez y al más noble de los heroísmos. Si bien no amaba al mar o veía en él el peligro,

Conrad amó siempre, con todo su corazón, las embarcaciones, desde las lanchas hasta los grandes veleros. Solamente los barcos despertaron en él las cualidades que amaba: sobre todo la confianza, que resumía en sí la competencia, el coraje, la participación, la fidelidad a una idea y a los compañeros. “No sé si haya sido un buen marinero –dijo Conrad–, pero sé que fui un marinero muy fiel”.

El descubrimiento del mar y de los barcos coincidió, para Conrad, con el descubrimiento de la lengua inglesa. Había escuchado sus sílabas por primera vez en boca de algunos ingenieros que trabajaban en el paso de San Gottardo; en el Golfo de Marsella, alguien repitió las mismas palabras a bordo de un barco de Su Majestad; en fin, él comenzó a aprender, en libros y manuales, la lengua de los marineros. Decidió que, si se volvía marinero, sería un marinero inglés. Por la lengua de Shakespeare y de Dickens sentía una inmensa veneración: era la lengua de su secreta elección, de su futuro, de sus largas amistades, de sus profundos afectos, de las horas de trabajo y de reposo, de las horas solitarias, de los libros leídos, de los pensamientos continuos, de las energías recordadas, y hasta de los sueños.

A los veinte años, en septiembre de 1878, Conrad fue a Londres para intentar embarcarse. Penetró en la gran ciudad dickensiana, con algo del viajante que se interna en un desierto vasto e inexplorado. Ningún explorador hubiera podido ser más solitario. No conocía ni un alma viva entre todos los millones de hombres que habitaban, alrededor de él, las misteriosas lejanías de las calles. Estaba henchido de orgullo. Seguía una meta clara: hacer de sí mismo, en primer lugar, un marinero digno del servicio, lo suficientemente experto para trabajar al lado de otros marineros; en segundo lugar, justificaba su exis-

tencia a los propios ojos, absolviendo un silencioso empeño moral.

El 24 de abril de 1878 partió en el *Malvis*, un buque de vapor de setecientas cincuenta toneladas, con un cargamento de carbón directo a Constantinopla. Pasaría quince años en veleros ingleses, alcanzando Bangkok, Singapur, Madrás, Calcuta, Java, Sídney, Porto Adelaide, Port Louis y diferentes puertos desconocidos de Borneo. Mientras tanto, escrupulosa y concienzudamente, presentaba sus exámenes: fue promovido a lugarteniente en diciembre de 1884 y a capitán el 10 de noviembre de 1886. Muchos años después, en un libro de recuerdos, comentó: “En aquel entonces era indiscutiblemente un capitán de marina británico. Este hecho, satisfactorio y oscuro en sí mismo, revestía en mí un significado ideal”; era la respuesta al escepticismo y a las habladurías poco amables que se habían dado sobre su vida.

En noviembre de 1891, le ofrecieron un lugar como segundo oficial en el *Torrens*, que debía partir para Porto Adelaide, en Australia. Era un bellissimo velero, que transportaba pasajeros y contaba con el récord de velocidad entre Plymouth y Porto Adelaide. “Mi experiencia en el *Torrens* –escribió Conrad– fue muy feliz...” Durante el viaje de regreso conoció al futuro novelista John Galsworthy, quien leyó su primera novela. Galsworthy dijo de él: “Parece un ser de otra raza... el poder de fascinación era uno de los aspectos dominantes de Conrad: fascinación de una animación expresiva y llena de vitalidad; de su corazón profundamente afectuoso, de su espíritu sutilísimo y de intereses tan diferentes... Tenía un extraordinario poder de observar y de sentir”. Por desgracia había largos, insoportables meses, a veces hasta años, en los que Conrad no hacía nada, ni en Londres ni en los países orientales. Se sentía angus-

tiado de permanecer inactivo, incapaz de vivir en el presente, siempre proyectado hacia el futuro o el pasado.

Entonces, fue socorrido por la literatura –si es que la literatura puede socorrer a alguien–. Cuando en el otoño de 1889 comenzó a escribir su primera novela, *La locura de Almayer*, no obedecía a ninguna vocación. La necesidad que lo movió estaba escondida y oscura, un fenómeno enmascarado e inexplicable. Era un día de otoño, de atmósfera opalina, con una luz velada, semiopaca, y los árboles de la vecina plaza londinense parecían trazados con tinta china sobre una hoja de papel.

Permanecí durante mucho tiempo mirando por la ventana, después de que la hija del propietario se había llevado las tazas del desayuno... me sentía por completo impregnado por la indolencia de los marineros que están lejos del mar, este lugar de incansables cansancios y de deberes interminables. Saboreaba profundamente mi absoluta irresponsabilidad. Me parecía que no pensaba absolutamente en nada.

Casi sin darse cuenta, Conrad continuó: lentamente, muy lentamente. Algunos años después escribió a su tía:

lamento cada momento que paso lejos del papel. No digo de la pluma porque he escrito muy poco, pero la inspiración me llega viendo el papel. El pensamiento en grandes espacios rellenos por formas vagas. Todo es caos aún, pero –lentamente– los espectros se transforman en carne viva, en vapor ondeante, se solidifican. Tal vez algo nacerá del choque entre distintas ideas.



Magali Lara: *No mientas*, de la serie *Melancolía-El fin del mundo*. Fotografía de Luis Ordoñez y Minerva Ayón

Sobre todo, en los primeros años de literatura, insistía en el hecho de que su trabajo se originaba en el inconsciente. Él no calculaba, no construía, no corregía, no intervenía: dejaba solamente que la tenebrosa fuerza de escribir saliera de los abismos. “Soy muy flojo para cambiar mis pensamientos, mis palabras, mis imágenes y mis sueños. La pereza es algo sagrado”.

El cansancio era inmenso; el esfuerzo, incalculable. Debía exprimir de sí mismo cada una de las sensaciones, pensamientos, imágenes –despiadadamente, sin reservas y sin remordimientos–: debía explorar los ángulos más oscuros de su corazón, las más remotas regresiones de su cerebro –explorar en busca del *mot juste*, que no lograba encontrar nunca–. Al término de su trabajo cotidiano se sentía exhausto, carente de toda sensación y pensamiento, con la mente vacía y el corazón adolorido, con la conciencia de que en él no había quedado nada. “A mí me parece –comentaba– que este es el único modo para alcanzar la verdadera grandeza, o

acercarse a ella. El sincero esfuerzo de seguir adelante hasta las últimas fuerzas, sin dejarse abatir por las dudas, el cansancio y las críticas, es la única y verdadera justificación de quien escribe en prosa”. Pero este esfuerzo era terrible. La página seguía en blanco, la inspiración era una neblina. Le parecía que en su cabeza hubiera entrado una espesa bruma. La opresión era como la de quien, en invierno, por curiosidad, dobla el Cabo de Hornos. Debajo y sobre la mesa, yacían páginas escritas: a su alrededor había páginas vivientes, rayadas y atormentadas, páginas muertas, que serían quemadas al caer el día, testigos de un largo conflicto. Estaba desesperado. “Algunas veces necesito de toda mi determinación y dominio de mí mismo para contenerme y no golpear mi cabeza contra la pared”.

Finalmente, un día (que a Conrad siempre le parecía muy lejano), el libro estaba terminado. Le parecía que había cometido un asesinato. Cuando terminó *La locura de Almayer*, el 24 de abril de 1894, es-

cribió a su tío: “con dolor pongo en tu conocimiento la muerte de Kaspar Almayer, que sucedió a las tres de esta mañana. Después de que me levanté, sentí como si hubiera sepultado una parte de mí mismo. Y aún estoy contento, un poco”. El 17 de septiembre de 1895, cuando concluyó *Un vagabundo de las islas*, escribió a Edward Garnett: “Es mi penoso deber informarte de la lamentable muerte del señor Peter Willems de Rotterdam y de Macassar, quien fue asesinado el dieciséis del mes en curso a las dos de la tarde, mientras el sol resplandecía alegremente y el órgano tocaba en la banqueta el abominable intermedio de la *Cavalleria*”.

Conrad era un hombre pequeño, de ojos negros y brillantes, algunas veces entrecerrados y agudos, otras dulces y cálidos. Sus modales eran bruscos y suaves al mismo tiempo; sus palabras, cordiales; contenidas y duras las manos. Ya fueran los pies, las rodillas o los labios, algo en él estaba siempre agitado por un movimiento continuo. “Nun-

ca he visto a un hombre –escribió un amigo– tan rigurosamente viril, y sin embargo de una sensibilidad tan femenina”.

Bertrand Russell estaba fascinado con su conversación.

Hablábamos con una intimidad siempre creciente. Siento hundirme más allá de cada estrato de superficialidad, hasta que gradualmente ambos alcanzamos el fuego central. Era una experiencia diferente a cualquier otra que haya tenido. Nos mirábamos a los ojos, medio desconcertados, medio intoxicados por el hecho de encontrarnos juntos en semejante situación. Era una emoción intensa como un amor apasionado, y abrazaba todo, del mismo modo.

Con el paso de los años, la neurastenia de Conrad, que en su juventud había sido enmascarada por las poses de un caballeresco *dandy* marino, creció desmedidamente. Caía presa de crisis de melancolía y depresión; se abandonaba a una lamentosa autodenigración, como si de sus manos de héroe vencido no salieran más que fracasos. La imaginación le hacía ver peligros e insidias por todas partes. Tormenoso, caprichoso, ceremonioso, con algo profundamente agresivo, algunas veces abrazaba y otras alejaba a los amigos que lo visitaban. Su humor era alegre, acogía a los camaradas con un gusto delicioso y absurdo, con un amable estallido de conductas infantiles, abandonándose a su talento de “impostor sincero e inspirado”. Pero se trataba de una alegría inquietante. Algunas veces se advertía en él una atroz indiferencia, y parecía como si fingiera los gestos de la pasión, sólo para tenerla definitivamente lejos de sí. Apenas comenzaba una conversación, sus palabras dejaban intuir que este hombre debía disponer

de “noticias confidenciales sobre sí mismo”, capaces de doblegarle el ánimo hasta el final de sus días. Sus libros hacían sospechar que Conrad sentía una sutil complicidad por todos los pecados cometidos por los hombres, y que en el fondo de su espíritu se escondía –nunca a la luz, siempre envuelto en el misterio y la sombra– ese compañero secreto, ese “clandestino” que se encuentra recluso en el corazón de muchos de nosotros, y ejecuta las acciones que no nos atrevemos a cometer.

Ni siquiera el pasajero clandestino poseía el último secreto de Conrad. Cuando él trataba de alcanzar, aún más a fondo, aún más atrás, el manantial de su propia persona, encontraba una presencia amenazadora e indistinta. Nada preciso y limitado: ni instintos ni sensaciones ni complejos ni arquetipos; más bien una especie de niebla blanca o gris, parecida a la que por las mañanas se evapora sutilmente en las tierras tropicales: una melódica sugestión oscura; algo tan vago y tan profundo que cancelaba el horizonte y la profundidad. En esta neblina y en esta música, sin un solo punto de apoyo o un solo confin, Conrad temía, desesperadamente, perderse.

En 1896, el año que siguió a la publicación de *La locura de Almayer*, Conrad escribió “Una avanzada del progreso”. Era uno de los cuentos que más amaba: quizá no porque en él hubiera contado la experiencia de su viaje al Congo, en 1890, sino porque había omitido y abolido una parte fundamental de esta experiencia, de la cual nacería *El corazón de las tinieblas*. Los dos blancos, que ahora se encuentran en el corazón del Congo, están acostumbrados a vivir entre la multitud de Occidente, y creen en la irremplazable fuerza de las instituciones y de la moral. En África conocen la soledad más total. No saben nada,

no ven nada más que sombras de negros y patas de elefantes, tienen la impresión de no ser vistos nunca. Al final uno de los dos mata al otro y se cuelga en una cruz.

En *El corazón de las tinieblas* aparece Marlow con la función de segundo narrador, como lo habíamos ya encontrado antes en *Lord Jim*. Su voz es sarcástica e irónica, profundamente diferente a la de sus otras encarnaciones. Parece Buda “con las mejillas hundidas, los brazos caídos y las palmas abiertas al infinito, como un ídolo”. Marlow no esconde la figura de Conrad: dice cosas que sólo él podría decir, y a través de las palabras debemos leer todo el cuento y quizá todos los libros de Conrad. “No, es imposible, es imposible comunicar a otros la sensación viva de un momento cualquiera de nuestra existencia, lo que constituye la verdad, el significado: su sutil y penetrante esencia”.

Cuando inicia la historia estamos en Londres a la hora del crepúsculo en la ribera del Támesis, el mismo punto y hora que Dickens amaba y que Conrad aprendió a amar en las páginas de Dickens. “Una bruma se posaba sobre las riberas bajas que corrían rectas, disipándose en el mar. El aire era pesado llegando a Gravesend, y más lejos aparecía densa una lúgubre oscuridad, inquietante e inmóvil, sobre la mayor y más importante ciudad de la tierra”.

Ahí, en el corazón de las tinieblas, Marlow evocó otra tiniebla: la de las tierras que rodeaban al río Congo; un río enorme, que se asemejaba extraordinariamente, en el papel, a una inmensa serpiente con la cabeza en el mar, el cuerpo en reposo, extendido en una curva larguísima dentro de una vasta región. La primera tiniebla intenta conquistar a través de exploraciones; la segunda, por medio del robo y la esclavitud. No hay más que tinieblas, la de la civilización,

de la naturaleza original, de la naturaleza explorada. No hay ni siquiera un rastro de luz: o la luz de la vela ilumina solamente un cuerpo que muere. Todo está mal, decididamente mal.

Marlow cuenta a sus cuatro oyentes la experiencia que tuvo (y en parte también Conrad) en el corazón del Congo. África, con la que ambos habían soñado desde niños, era aterradora cuando la buscaban en los mapas. El agua estaba reducida a limo. El sol cegaba. La muralla vegetal, la exuberante, intrincada masa de troncos, ramas, hojas, follaje, hacía pensar en una tumultuosa invasión de vida muda. Los bosques eran inmóviles como máscaras, macizos como las puertas enrejadas de una prisión. Todo era soledad: silencio, que penetraba hasta el fondo del corazón, inmovilidad, estancamiento, muerte, mal. No había ninguna esperanza de salvación, como indicaban los negros reducidos a esclavos, con el collar de hierro alrededor del cuello.

En vez de luz, el Occidente había llevado sólo ruinas. Los blancos, que iban de un lado a otro bajo el sol sin meta alguna, estaban dominados por una “rapacidad imbecil”, tan idiota que parecía irreal. En esta irrealidad había una sola persona viva y real, eso le contaban a Marlow: mister Kurtz, un misterioso colonizador que había llegado hasta el corazón del Congo y enviaba colmillos de elefantes a la poderosa compañía de Bruselas. Marlow recorrió el río para verlo y escucharlo: porque Kurtz era sobre todo una voz, “entre sus dones, el que de entre todos dominaba era su facultad de palabra; emanación desde lo profundo de una tiniebla inescrutable”.

Cuando la leyenda se aclaró, mister Kurtz aparece sobre todo como un saqueador que había sometido a los negros y se había hecho consagrar por éstos en



Emmanuel Cruz: *Esperanza*. Fotografía de Mario Ocadiz

danzas nocturnas, como dios y semidiós. Kurtz se encontraba gravemente herido, sólo oía de cerca, su voz era profunda y vibrante. Detrás de sus discursos estaba la sugestión de las palabras escuchadas en un sueño, de las frases pronunciadas en una pesadilla. Completamente solo en esa soledad salvaje, Kurtz había visto dentro de sí y se volvió loco. Veía fantasmas y gritaba: “¡El horror! ¡El horror!”: cuánto horror habitaba entonces Europa, África, a él mismo, la realidad, el sueño, su loca empresa, el inútil cometido de Marlow que buscaba en el fondo de todas las cosas. Él sólo había comprendido esta verdad central: el horror de las tinieblas, sea en la civilización, sea en la naturaleza. La omnipresencia del mal.

Marlow y Conrad no lo entendieron. Habían escuchado solamente el estruendo incesante, el fragor ininterrumpido, uniforme y precipitado. O el temblor, que de vez en cuando se difundía, interrumpiendo la densa tranquilidad del paisaje. O quizá, habían entre-

oído un grito que era la propia voz de África. Conrad no podía transformar este fragor o este grito en un discurso lógico. Podía hacer una sola cosa: abandonarse a la fúnebre elocuencia de la propia prosa que envolvía la historia como una niebla generada por el calor, o a “uno de esos halos vaporosos que se hacen visibles gracias a la espectral iluminación de la luna”. **LPyH**

• **Pietro Citati** (Florencia, 1930) es uno de los más grandes ensayistas italianos contemporáneos; colabora en los periódicos *Il Corriere della Sera* y *Repubblica*. Escritor y crítico refinadísimo, entre sus libros más destacados se encuentran las biografías de Leopardi, Tolstoi, Katherine Mansfield y Kafka.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Publicado originalmente en “Vita misteriosa e folle di un marinaio fedele”, *Corriere della Sera*, 15 agosto 2014. © Pietro Citati.

<sup>2</sup> Tadeusz Bobrowski, *Lettere a Conrad*, ed. de Maria Cristina Bragone (Palermo: Sellerio, 1991).

<sup>3</sup> “El viaje”, Charles Baudelaire. N. T.